

Michael Bar-Zohar
Nissim Mishal

Las grandes operaciones del MOSSAD



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Michael Bar-Zohar y Nissim Mishal

Las grandes operaciones del Mossad

Traducción de
Ana Herrera

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Por los héroes desconocidos,
las batallas nunca contadas,
los libros no escritos,
los secretos no revelados
y por un sueño de paz nunca abandonado
y nunca olvidado.

MICHAEL BAR-ZOHAR

Para Amy Korman, por su consejo y su
inspiración y por ser mi firme apoyo.

NISSIM MISHAL

INTRODUCCIÓN

Solo en la guarida del león

El 12 de noviembre de 2011, una tremenda explosión destruyó una base secreta de misiles junto a Teherán, mató a diecisiete guardias revolucionarios y redujo docenas de misiles a un montón de hierros carbonizados. El general Hassan Tehrani Moghaddam, «padre» de los misiles Shehab de largo alcance y hombre al cargo del programa de misiles de Irán, murió en la explosión. Pero el objetivo secreto de aquella bomba no era Moghaddam, sino un cohete de combustible sólido capaz de transportar un misil nuclear a más de nueve mil kilómetros de distancia, desde los silos subterráneos de Irán hasta territorio estadounidense.

El nuevo misil planeado por los líderes de Irán pretendía doblegar ante ellos las principales ciudades norteamericanas y transformar Irán en una potencia mundial dominante. La explosión de noviembre retrasó varios meses ese proyecto.

Aunque el objetivo del nuevo misil de largo alcance era Estados Unidos, lo más probable es que las explosiones que destruyeron la base iraní las preparara el servicio secreto israelí: el Mossad. Desde su creación hace más de sesenta años, el Mossad ha actuado con valentía y en secreto contra todos los peligros que amenazan Israel y Occidente, y ahora, más que nunca, la información de inteligencia obtenida mediante el espionaje y las diversas operaciones afecta a la seguridad norteamericana, tanto dentro como fuera de sus fronteras.

En este mismo momento, según fuentes extranjeras, el Mossad se enfrenta a la cruda y explícita amenaza de los líderes iraníes de borrar Israel del mapa. Se cree que el Mossad

está llevando a cabo una persistente guerra en la sombra mediante el sabotaje de instalaciones nucleares, el asesinato de científicos y el suministro de equipo y materias primas defectuosas a las fábricas a través de empresas falsas; asimismo, organiza desertiones de oficiales de alto rango del ejército y de figuras importantes de la investigación nuclear, e introduce virus devastadores en los sistemas informáticos de Irán, todo ello con el objetivo de combatir la amenaza de un Irán con armas nucleares y lo que eso supondría para Estados Unidos y el resto del mundo. Aunque el Mossad ha retrasado varios años la creación de la bomba nuclear iraní, su combate encubierto está alcanzando su punto álgido antes de emplear medidas de último recurso, como un ataque militar.

En su lucha contra el terrorismo desde los años setenta, el Mossad ha capturado y eliminado a muchos terroristas importantes en sus refugios de Beirut, Damasco, Bagdad y Túnez, así como en sus puestos de combate en París, Roma, Atenas y Chipre. El 12 de febrero de 2008, según los medios de comunicación occidentales, agentes del Mossad tendieron una emboscada y mataron a Imad Mughniyeh, líder militar de Hezbolá en Damasco. Mughniyeh era enemigo jurado de Israel, pero también el número uno de la lista de los «más buscados» por el FBI: planeó y ejecutó la masacre de 241 marines de Estados Unidos en Beirut y dejó tras de sí un rastro sangriento de cientos de muertos norteamericanos, israelíes, franceses y argentinos. Ahora mismo, los líderes de la Yihad islámica y de Al Qaeda son perseguidos por todo Oriente Medio.

Y sin embargo, cuando el Mossad advirtió a Occidente de que la Primavera Árabe podía convertirse en el Invierno Árabe, nadie pareció escucharle. A lo largo de 2011, Occidente recibió con ilusión lo que parecía el amanecer de una nueva era de democracia, libertad y derechos humanos en Oriente Medio, y con la esperanza de obtener la aprobación de los egipcios, presionó al presidente Mubarak, su mejor aliado en el mundo árabe, para que dimitiera. Pero las primeras multitudes que irrumpieron en la plaza de Tahrir, en

El Cairo, quemaron la bandera estadounidense; a continuación, atacaron la embajada israelí, exigieron el fin del tratado de paz con Israel y arrestaron a activistas de ONG norteamericanas. Las elecciones libres en Egipto han llevado al poder a los Hermanos Musulmanes, y hoy en día Egipto se agita al borde de la anarquía y la catástrofe económica. Un régimen fundamentalista islámico está echando raíces en Túnez, y es más que probable que en Libia ocurra lo mismo. Yemen es un caos. En Siria, el presidente Assad está masacrando a su propio pueblo. Las naciones más moderadas, como Marruecos, Jordania, Arabia Saudita y los emiratos del Golfo Pérsico, se sienten traicionadas por sus aliados occidentales. La esperanza de que se respetasen los derechos humanos, se reconocieran los derechos de las mujeres y se promulgaran leyes democráticas, que gobernó e inspiró esas revoluciones que han hecho época, ha quedado barrida por los partidos religiosos fanáticos, mejor organizados y más conectados con las masas.

Este Invierno Árabe ha convertido Oriente Medio en una bomba de relojería que amenaza al pueblo israelí y sus aliados en el mundo occidental. A medida que la historia sigue su curso, las tareas del Mossad son cada vez más arriesgadas, pero también más vitales para Occidente. El Mossad parece la mejor defensa contra la amenaza nuclear iraní, contra el terrorismo, contra lo que pueda surgir del caos de Oriente Medio. Y lo más importante de todo: el Mossad es la última barrera antes de la guerra abierta.

La fuerza vital del Mossad son sus guerreros anónimos, hombres y mujeres que arriesgan sus vidas, que viven apartados de sus familias bajo identidades falsas y llevan a cabo atrevidas operaciones en países enemigos donde el menor error puede llevar a su arresto, tortura o muerte. Durante la guerra fría, el peor destino posible de un agente secreto capturado en el bloque occidental o comunista era ser intercambiado por otro agente en un puente neblinoso y frío de Berlín. Ruso o norteamericano, británico o de Alemania del Este, el agente sabía que no estaba solo, que siempre habría alguien

que podía hacerle volver del frío. Pero para los solitarios guerreros del Mossad no hay intercambios ni puentes neblinosos: pagan su audacia con su vida.

En este libro sacamos a la luz las misiones más importantes y los héroes más valerosos del Mossad, así como los errores y fallos que más de una vez han empañado la imagen de la agencia y sacudido sus mismos cimientos. Esas misiones han moldeado el destino de Israel y en muchos sentidos el del mundo. Si hay algo que comparten todos los agentes del Mossad es un profundo e idealista amor a su país, una devoción total a su existencia y supervivencia, una disposición total a asumir los riesgos más dramáticos y enfrentarse a los máximos peligros por el bien de Israel.

CAPÍTULO UNO

El rey de las sombras

A finales del verano de 1971, una violenta tormenta azotaba el litoral mediterráneo y olas de gran altura batían las costas de Gaza. Prudentemente, los pescadores árabes locales se quedaron en tierra: aquél no era un buen día para enfrentarse al traicionero mar. Pero de repente vieron con asombro que del rugiente oleaje surgía un barquito destartado que encallaba pesadamente en la arena húmeda. Unos cuantos palestinos, con la ropa y las kufiyas arrugadas y empapadas, saltaron al mar y fueron vadeando hasta la orilla. Su rostro sin afeitar mostraba la fatiga de un largo viaje por mar, pero no se entretuvieron a descansar: huían para salvar la vida. En el mar encrespado apareció entonces un torpedero israelí tripulado por soldados vestidos con uniforme de combate, y los persiguió a toda velocidad. A medida que se aproximaban a la costa, los soldados saltaban al agua poco profunda y abrían fuego contra los palestinos que huían. Un par de jóvenes de Gaza, que jugaban en la playa, corrieron hacia los palestinos y los condujeron hasta la seguridad de un huerto cercano; los soldados israelíes perdieron su pista, pero siguieron registrando la playa.

Ya avanzada la noche, un joven palestino con un Kalashnikov se introdujo a hurtadillas en el huerto para investigar y encontró a los fugitivos juntos y acurrucados en un rincón.

—¿Quiénes sois, hermanos? —preguntó.

—Miembros del Frente Popular de Liberación de Palestina —le respondieron—. Del campo de refugiados de Tiro, en Líbano.

—*Marhaba*, bienvenidos —dijo el joven.

–¿Conoces a Abu-Seif, nuestro comandante? Nos ha enviado a reunirnos con los comandantes del Frente Popular en Beit Lahia –un bastión terrorista al sur de la franja de Gaza–. Tenemos dinero y armas, y queremos coordinar nuestras operaciones.

–Yo os ayudaré –contestó el joven.

A la mañana siguiente, varios terroristas armados escoltaron a los recién llegados a una casa aislada dentro del campo de refugiados de Jabalia, los acompañaron hasta una sala grande y les invitaron a sentarse a la mesa. Poco después entraban los comandantes del Frente Popular con los que esperaban reunirse. Intercambiaron cálidos saludos con sus hermanos libaneses y se sentaron frente a ellos.

–¿Podemos empezar? –preguntó un joven robusto, ya algo calvo, que llevaba una kufiya roja y que parecía el líder del grupo libanés–. ¿Estamos todos?

–Todos.

El libanés levantó la mano y miró su reloj. Era una señal convenida de antemano. De repente, los «enviados libaneses» sacaron las pistolas y abrieron fuego. En menos de un minuto, los terroristas de Beit Lahia estaban muertos. Los «libaneses» salieron corriendo de la casa y enfilaron las tortuosas callejuelas del campamento de Jabalia y las atestadas calles de Gaza, y pronto cruzaron hacia territorio israelí. Aquella misma noche el hombre de la kufiya roja, el capitán Meir Dagan, comandante del comando secreto Rimon de las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI), informó al general Ariel (*Arik*) Sharon de que la operación Camaleón había sido un éxito. Todos los líderes del Frente Popular de Beit Lahia, un grupo terrorista letal, habían muerto.

Dagan tenía sólo veintiséis años y era ya un luchador legendario. Él mismo había planeado toda la operación: fingir que eran terroristas libaneses, acercarse por mar en una barca vieja desde Ashdod, un puerto de Israel, esconderse durante una larga noche, la reunión con los líderes terroristas y la ruta de huida después de la operación. Incluso había organizado la falsa persecución del torpedero

israelí. Dagan era especialista en guerrillas, un hombre atrevido y creativo que no se sometía a las normas convencionales. En una ocasión, Isaac Rabin dijo: «Meir tiene la increíble habilidad de inventar operaciones antiterroristas que parecen películas».

El futuro jefe del Mossad, Dany Yatom, recordaba a Dagan cuando era un joven robusto, con una poblada mata de pelo castaño, que se presentó voluntario para unirse al comando israelí más prestigioso, el Sayeret Matkal, y sorprendió a todo el mundo con su habilidad para lanzar el cuchillo. Podía acertar de pleno en el objetivo que quisiera con su enorme cuchillo de comando. Pero aunque era un excelente tirador no pasó los exámenes del Sayeret Matkal y tuvo que contentarse inicialmente con las alas plateadas de los paracaidistas.

A principios de los años setenta fue enviado a la franja de Gaza, conquistada por Israel en la guerra de los Seis Días de 1967, y que desde entonces se había convertido en un avispero de actividad terrorista. Los terroristas palestinos mataban israelíes a diario, tanto en la franja de Gaza como en Israel, con bombas, explosivos y armas de fuego; el FDI había perdido totalmente el control sobre los violentos campos de refugiados. El 2 de enero de 1971, cuando los encantadores hermanos Arroyo (Avigail, de cinco años, y Mark, de ocho) volaron en pedazos al arrojar un terrorista una granada a su coche, el general Ariel Sharon decidió que había que poner fin a aquella sangrienta masacre. Reclutó a algunos amigos de su juventud, curtidos en mil combates, y a varios soldados jóvenes con talento. Uno de ellos era Dagan, un joven bajo, de rostro redondo y bastante robusto, que cojeaba un poco tras haber pisado una mina terrestre en la guerra de los Seis Días. Mientras se recuperaba en el hospital de Soroka, en Beer-Sheva, se enamoró de la enfermera que le cuidaba, Bina, y ambos se casaron tras su recuperación.

Oficialmente, la unidad de Sharon no existía. Su misión era destruir las organizaciones terroristas de Gaza usando métodos arriesgados y poco convencionales. Dagan solía

pasear por la Gaza ocupada con un bastón, un dóberman, varias pistolas, revólveres y metralletas. Algunos aseguraban que le habían visto disfrazado de árabe, montado tranquilamente en un burro por las traicioneras callejuelas de Gaza. Su dolencia no enfriaba su decisión de llevar a cabo las operaciones más peligrosas. Su punto de vista era muy sencillo: «Ellos son el enemigo, malos árabes que quieren matarnos, de modo que tenemos que matarlos nosotros primero a ellos».

Dentro de la unidad, Dagan creó el primer comando secreto israelí, Rimon, que operaba bajo apariencia árabe en lo más profundo de los bastiones enemigos. Para poder moverse libremente entre las multitudes árabes y llegar a sus objetivos sin ser detectados, tenían que actuar disfrazados. Pronto les empezaron a conocer como «el equipo de Arik», y los rumores aseguraban que a menudo mataban a los terroristas capturados a sangre fría. A veces, se decía, llevaban a un terrorista a un callejón y le decían: «Tienes dos minutos para escapar», y cuando lo intentaba, lo mataban a tiros. A veces dejaban un puñal o una pistola olvidados, y cuando el terrorista iba a cogerlos, lo mataban al instante. Los periodistas decían que cada mañana Dagan salía al campo y mientras usaba una mano para orinar, con la otra disparaba a una lata de Coca-Cola vacía. Dagan rechazaba tales afirmaciones. «A todos nos adjudican leyendas –dijo–, pero algunas de las cosas que han escrito son sencillamente falsas.»

La pequeña unidad de comandos israelíes estaba empeñada en una guerra dura, cruel, y sus miembros arriesgaban a diario sus propias vidas. Casi cada noche, la gente de Dagan se disfrazaba de mujer o de pescador y seguía buscando terroristas conocidos. A mediados de enero de 1971, disfrazados de terroristas árabes en el norte de la franja, atrajeron a unos miembros de Fatah a una emboscada y en el tiroteo que siguió éstos acabaron muertos. El 29 de enero de 1971, esta vez de uniforme, Dagan y sus hombres viajaban en dos *jeeps* por las afueras del campo de Jabalia. Al cruzarse con un taxi, Dagan reconoció entre sus pasajeros a un notorio

terrorista, Abu Nimer, ordenó detener los jeeps y sus soldados rodearon el taxi. Dagan se acercó y en aquel momento Abu Nimer salió empuñando una granada de mano. Mirando a Dagan, tiró de la anilla. «¡Granada!», gritó Dagan, pero en lugar de echarse a correr para ponerse a cubierto, saltó hacia el hombre, lo agarró y le arrancó la granada de la mano. Por esa acción fue recompensado con la Medalla al Valor. Se asegura que después de arrojar a un lado la granada, Dagan mató a Abu Nimer con sus propias manos.

Años más tarde, en una de las escasas entrevistas que concedió, en este caso al periodista israelí Ron Leshem, Dagan dijo:

Rimon no era un grupo de ataque. [...] Aquello no era el salvaje Oeste, donde todo el mundo tenía el gatillo fácil. Nunca hicimos daño a mujeres y niños [...]. Atacábamos a personas que eran violentos asesinos, y así disuadíamos a otros. Para proteger a los civiles, el Estado a veces debe hacer cosas que son contrarias a la conducta democrática. Es cierto que, en unidades como la nuestra, los límites acaban siendo difusos. Por eso debes estar seguro de que tu gente sea la mejor. Los actos más sucios deben llevarlos a cabo los hombres más honrados.

Fueran sus actos democráticos o no, Sharon, Dagan y sus colegas eliminaron en gran medida el terrorismo en Gaza, y durante años la zona permaneció tranquila y pacífica. Algunos aseguran que Sharon dijo de su leal colaborador, medio en broma: «La especialidad de Meir es separar la cabeza de un árabe de su cuerpo».

Sin embargo, pocos conocían al auténtico Dagan. Había nacido con el nombre de Meir Huberman en 1945, en un vagón de ferrocarril a las afueras de Herson, en Ucrania, mientras su familia escapaba de Siberia a Polonia. La mayor parte de su familia pereció en el Holocausto. Meir emigró a Israel con sus padres y se crió en un barrio pobre de Lod, una antigua ciudad árabe unos 24 kilómetros al sur de Tel

Aviv. Muchos sabían que era un luchador infatigable, pero pocos conocían sus pasiones secretas: ávido lector de libros de historia, vegetariano, le encantaba la música clásica y sus aficiones eran pintar y esculpir.

Desde muy temprana edad se sintió acosado por el terrible sufrimiento de su familia y de los judíos durante el Holocausto y dedicó toda su vida a la defensa del recién nacido Estado de Israel. Mientras iba ascendiendo en la jerarquía del ejército, lo primero que hacía en cada nueva oficina donde le destinaban era colgar en la pared una foto ampliada de un viejo judío, envuelto en su chal de plegarias, arrodillado frente a dos oficiales de las SS, uno con un bate de béisbol y el otro con una pistola. «Ese anciano es mi abuelo –les decía Dagan a los visitantes–. Cuando miro esa foto sé que debemos ser fuertes y defendernos, para que el Holocausto no vuelva a repetirse nunca.»

El anciano era de verdad el abuelo de Dagan, Ber Ehrlich Slushni, que fue asesinado en Lukov unos segundos después de que se tomara aquella foto.

Durante la guerra de Yom Kippur, en 1973, Dagan fue de los primeros israelíes en cruzar el canal de Suez con una unidad de reconocimiento. En la guerra del Líbano, en 1982, entró en Beirut a la cabeza de su brigada acorazada. Pronto se convirtió en comandante de la zona de seguridad del sur del Líbano, y allí el audaz guerrillero salió de nuevo del almidonado uniforme de coronel y resucitó el recurso del secreto, el camuflaje y el engaño de sus días de Gaza. Sus soldados dieron con un nombre nuevo para su jefe secreto: le llamaban «el rey de las sombras». La vida en Líbano, con sus alianzas secretas, traiciones, crueldades y guerras fantasma, ocupaba un lugar importante en su corazón. «Antes de que mi brigada acorazada entrase en Beirut –decía–, yo ya conocía bien esa ciudad.» Y cuando terminó la guerra, no abandonó sus aventuras secretas. En 1984 fue reprendido oficialmente por el jefe del Estado Mayor Moshe Levy por haber entrado, disfrazado de árabe, en el cuartel general de los terroristas en Bhamdoun.

Durante la intifada (la rebelión palestina de 1987-1993), Dagan fue trasladado a Cisjordania como consejero del jefe del Estado Mayor, Ehud Barak, y allí volvió a recuperar sus viejas costumbres e incluso convenció a Barak de que se uniera a él. Los dos se vestían con chándal, como corresponde a unos auténticos palestinos, cogían un Mercedes azul celeste con matrícula local e iban a dar paseos por la traicionera *kasbah* de Nablus. A su vuelta, aterrorizaban y luego dejaban sorprendidos a los centinelas del cuartel general militar, una vez éstos reconocían quién iba sentado en el asiento delantero.

En 1995 Dagan, por entonces general de división, dejó el ejército y, junto con su colega Ben-Hanan, emprendió un viaje en motocicleta por las llanuras asiáticas que iba a durar 18 meses. El viaje se suspendió tras recibir la noticia del asesinato de Isaac Rabin. De vuelta en Israel, Dagan pasó algún tiempo a la cabeza de la autoridad antiterrorista, hizo un intento desganado de dedicarse al mundo de los negocios y ayudó a Sharon en su campaña electoral con el Likud. Luego, en 2002, se retiró a su hogar en el campo, en Galilea, con sus libros, sus discos, su paleta y su cincel de escultor.

Treinta años después de Gaza, como general retirado, empezaba a dedicarse a su familia («de repente me desperté y mis hijos ya eran mayores») cuando recibió una llamada de su antiguo colega, ahora primer ministro, Arik Sharon. «Quiero que te pongas a la cabeza del Mossad –le pidió Sharon a su amigo, que entonces contaba cincuenta y siete años–. Necesito un jefe del Mossad con un cuchillo entre los dientes.»

Era 2002, y el Mossad estaba perdiendo fuelle. En los años anteriores, varios fracasos habían asestado graves golpes a su prestigio: el fiasco del plan de asesinar a un importante líder de Hamás en Ammán, muy publicitado, y la captura de agentes israelíes en Suiza, Chipre y Nueva Zelanda habían dañado gravemente la reputación del Mossad. Su último jefe, Efraim Halevy, no estaba a la altura de las expectativas. Antiguo embajador ante la Unión Europea en Bruselas, se trataba de un buen diplomático y analista, pero

no era un líder ni un combatiente. Sharon quería poner a la cabeza del Mossad a un líder creativo y audaz, que supusiera un arma formidable contra el terrorismo islámico y el reactor nuclear iraní.

Dagan no fue bienvenido en el Mossad. Era un desconocido, centrado sobre todo en las operaciones, y nunca se había preocupado demasiado por el análisis de la información o por los intercambios diplomáticos secretos. Varios oficiales de alto rango del Mossad dimitieron como protesta, pero a Dagan no le importó demasiado. Reconstruyó las unidades de operación, estableciendo íntimas relaciones de trabajo con los servicios secretos extranjeros, y se ocupó personalmente de la amenaza iraní. Cuando tuvo lugar la segunda y desastrosa guerra del Líbano, en 2006, fue el único líder israelí que puso objeciones a la estrategia basada en bombardeos masivos por parte de las Fuerzas Aéreas. Creía más en una ofensiva por tierra y dudaba de que las Fuerzas Aéreas fueran capaces de ganar la guerra, y por lo que salió de la guerra sin tacha.

Aun así, fue muy criticado por la prensa por la dura actitud que mostraba hacia sus subordinados. Algunos oficiales del Mossad, resentidos tras haber sido despedidos, acudieron con sus quejas a los medios de comunicación, y Dagan se encontró bajo un bombardeo constante. «¿Quién es ese Dagan?», escribió un popular columnista.

Y de repente, un día, los titulares cambiaron: los periódicos publicaban diariamente artículos halagüeños, cargados de elogios superlativos, alabando al «hombre que restauró el honor del Mossad».

Bajo el control de Dagan, el Mossad había logrado lo que hasta entonces resultaba inimaginable: el asesinato del loco asesino de Hezbolá Imad Mughniyeh en Damasco, la destrucción del reactor nuclear sirio, la liquidación de los líderes terroristas clave de Líbano y Siria y, lo más extraordinario de todo, una campaña implacable, constante y productiva contra el programa de armas nucleares secretas de Irán.

Título de la edición original: *Mossad. The Greatest Missions of the Israeli Secret Service*

Traducción del inglés: Ana Herrera

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: septiembre 2013

© Michael Bar-Zohar y Nissim Mishal, 2012
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Ana Herrera, 2013
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2013

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 15337-2013
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-64-3
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5381-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)